

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ



Luis Jaime Cisneros Vizquerra
En la Universidad Católica

Cuadernos del Archivo de la Universidad **25**

Lima, 2001

Cuadernos del Archivo de la Universidad

Comité editorial

- Presidente :** José Agustín de la Puente Candamo
- Miembros :** Juan Carlos Crespo López de Castilla
René Ortiz Caballero
Jesús Vera-Portocarrero Beltrán
- César Gutiérrez Muñoz
Archivero de la Universidad

La edición de este *Cuaderno* fue dirigida por Carlo Trivelli Ávila, profesor del Departamento de Humanidades.

Pontificia Universidad Católica del Perú

Luis Jaime Cisneros Vizquerra

– Lima: PUCP, 2001.

60 p.; 20 cm. (Cuadernos del Archivo de la
Universidad: 25)



el uervo

Doctor LUIS JAIME CISNEROS VIZQUERRA
en su oficina en el Departamento de Humanidades
9 de mayo del 2001
(Foto por Cosme Trujillo Barrueta)

Presentación

Escribir unas palabras liminares para los textos de Luis Jaime Cisneros que reúne este *Cuaderno* parece casi una impertinencia, porque ellos se explican y se justifican solos, moldeados como están con palabras que todo lo dicen bien y ninguna apostilla requieren. Si lo hago, es porque ello me permite saludar al maestro en una ocasión jubilar y agradecerle públicamente, en nombre de la inmensa minoría, su pasión y su acción universitarias, de las que nos hemos beneficiado numerosas generaciones a lo largo de más de cincuenta años.

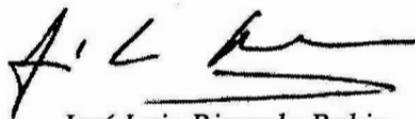
Porque estos textos dan testimonio de eso: de una vida y un pensamiento consagrados a la universidad, a reflexionar sobre ella y a actuar en ella. El lector atento de estos escritos misceláneos (cartas, discursos, guiones, notas periodísticas, entrevistas) podrá reconocer, más allá de su carácter circunstancial, las ideas matrices que articulan una concepción coherente de lo que debe ser la institución universitaria y de lo que implica el compromiso con ella: lugar de libertad y de diálogo, de crítica y de creación permanentes, de diversidad y de confrontación respetuosas, de estudio honesto y de investigación seria, de apasionante y apasionado encuentro de generaciones, de generoso servicio a la sociedad.

Pero las reflexiones de Cisneros no se sitúan sólo en un nivel abstracto y general. Ellas se particularizan en la Universidad Católica, como espacio privilegiado que ha sido y es de la actividad docente y de la labor orientadora del maestro, y se convierten en opciones prácticas y concretas. Impresiona comprobar, desde la perspectiva del hoy, cómo Cisneros anticipó y prefiguró -en las críticas, planteamientos y propuestas que contienen los textos más antiguos aquí publicados- el rumbo que siguió la Universidad en

los años sucesivos, y de qué manera sus intuiciones de futuro se han convertido en una realidad gratificante.

En todos estos textos está Cisneros de cuerpo entero, con su prosa inconfundible, con su modo a la vez tolerante y vigoroso de enfocar las cuestiones más arduas, y, sobre todo, con su ilimitado amor por la Universidad. Está el joven profesor de la antigua Universidad de la Plaza Francia retratado en una evocación que nos devuelve, además, la nostálgica imagen de rincones, de personas y de climas de antaño. Está el profesor maduro de años más recientes, evaluando el pasado, observándose a sí mismo con mirada crítica y proyectando el futuro. Está también el filólogo, que reflexiona sobre su disciplina y que admite con modestia los adelantos que él mismo supo promover. Está, en las entrevistas, el conversador ameno y reposado que recuerda personas y circunstancias de su formación rioplatense, que desvela lecturas, simpatías, aficiones, que delinea sin alarde el perfil de una biografía tan rica en estímulos cuanto pródiga en logros.

Permítaseme concluir con un breve apunte personal. Los textos aquí reunidos tienen para mí una resonancia particular, porque he compartido con Luis Jaime Cisneros muchas experiencias, muchos entusiasmos, muchas satisfacciones. Desde hace más de cuarenta años, desde que me socorrió en algunos desconciertos iniciales de "cachimbo" y me encaminó luego por los predios filológicos y literarios, mantenemos un diálogo continuo, que ha superado tiempos y océanos, y cultivamos una cabal amistad sin sombra. En esta ocasión jubilar, no puedo dejar de decirle simplemente: gracias por todo, Luis Jaime.



José Luis Rivarola Rubio
Profesor principal
Departamento de Humanidades

La UC en su cincuentenario

Strasbourg, 4 de mayo de 1967.

R.P. Felipe Mac Gregor,
Rector de la U.C.
Lima

Mi querido amigo:

Esta fecha me ofrece la coyuntura feliz para decir a usted cómo vivo y siento los cincuenta años que está celebrando la Universidad. Usted sabe que no podemos calificarlos de desalentadores, con haber sido algunos de ellos años bien duros. No ignoramos tampoco las deficiencias actuales, consecuencias de otras que hemos aprendido a superar. Nadie que conozca el trabajo de la UC puede acusarnos de descuidar la formación rigurosa de nuestros estudiantes, por más que podamos nosotros mismos reconocer que aún tenemos flancos débiles y que muchas disciplinas reclaman nuestra atención esmerada. Nuestra Facultad de Letras es buen ejemplo de cuánto hemos ganado y de cuánto nos falta todavía superar. Si hoy podemos decir orgullosamente que la UC está a tono con la hora democrática que viven nuestros pueblos, es porque hay en ella un empeñoso grupo de gente que ha trabajado y trabaja por el decoro de la enseñanza superior y del estudio. Los niveles sociales han encontrado un rasero en la aptitud para trabajar con seriedad y eficiencia. En las varias y encontradas ideologías que a nuestros propios muchachos hoy particularizan, tenemos la prueba evidente de que, en realidad, cumplimos cincuenta años. Usted me comprende si me felicito de que no seamos una universidad conservadora, reaccionaria y obsoleta.

Pero en verdad de esto no quiero hablar. Ni siquiera de lo que el general impulso ha logrado en materia del 'campus' en Pando. Ni quiero recordar lo que la UC debe a sus muertos y a sus vivos,

porque la susceptibilidad es una costumbre peruana del ánimo y se exagera con ocasión de las efemérides. Quiero hablarle de nuestro futuro, de nuestra Casa de Letras, de nuestros muchachos. Es decir, de lo que necesitamos trabajar en esa dirección; de lo que nos exige el premioso destino a que está convocada la universidad peruana; de cuánto el país espera sin duda vernos hacer. Nuestra antigua amistad y el sentido dialógico que tiene el gobierno universitario me permiten arriesgar acá algunas ideas. Son mi homenaje a la UC. Dicen mi vocación de servirla. Expresan mi lealtad a usted, a mis colegas, a los estudiantes.

Ya conoce usted mis ideas respecto de Estudios Generales. Hoy quiero hablar de la sección doctoral de Letras. Si el avance industrial y económico puede haber postergado aparentemente a esta Facultad en beneficio de otras (según muchos pueden creerlo), los grandes debates ideológicos y la preocupación constante por el hombre son suficiente estímulo para devolver a Letras su prestigio tradicional. Letras y "Ciencias Humanas" es, por algo, el nombre con que la distinguen los franceses.

Ese prestigio no se relaciona, en mi sentir, con el estado de algunas cátedras o de algunas especialidades. Se relaciona con la perspectiva que Letras ofrece como camino para una vida universitaria de investigación; camino para nuestros muchachos y camino para el país. Creada la Facultad de Ciencias Sociales, que ha concentrado todos los estudios sociológicos (hoy tan atractivos para el estudiante), la Facultad necesita dar un sentido claro a su dirección humanista. Y no voy a cometer la ingenuidad de decir que ese camino tiene el nombre de la Filología. Creo que la Antropología abre hoy a nuestros estudiantes una perspectiva feliz si acertamos a que esa disciplina sea lo que debe ser. Porque no debemos cerrar los ojos a esta evidencia: todo lo concerniente al trabajo filosófico (con todas las meritorias excepciones) anda a paso muy lento en la UC. Usted sabe con cuánta honestidad, y con qué espíritu científico, le digo que no podemos esperar formar "tomistas" únicamente; y menos cuando el ambiente en que nos movemos es el de 1967. Antropología puede ser el umbral en que se den la mano especialidades como la filosófica y la histórica. El Perú necesita

antropólogos para dar una dimensión nueva a las investigaciones que, por su parte, adelantan los etnólogos y los geógrafos. Y los necesita antes de que terminen formándolos con una mentalidad ajena a la nuestra, que es latina. La Facultad de Letras no puede desconocerlo.

Me preocupa también la medida en que la Facultad comprende la necesidad de vincularse con el país, a través de las fuerzas que mueven nuestra industria. Nunca la universidad ha tenido que pensar, como ahora, en la necesidad de crear nuevas metas para tanto muchacho que carece de vocación por el Derecho y por las Ciencias Sociales o la Pedagogía, pero que la tiene -y cierta- por adquirir una posición "socio-económica-cultural" (para llamarla de alguna manera) que de algún modo denuncie su progreso intelectual. Ese muchacho existe. La universidad recibe año tras año número incontable. Es el que ha asistido paciente a los preliminares del ingreso, ha mostrado su aptitud para una tarea elemental decorosa en los años de transición. Pero no quiere que su falta de atracción por las "grandes carreras" lo convierta en estudiante frustrado. Así como Económicas forma tenedores de libros y contadores, además de economistas, Letras debe formar en poco tiempo profesionales de otro tipo, aptos para ciertos trabajos técnicos que requieren una preparación específica, pero que no culminan en solemnes grados académicos ni exigen una larga dedicación previa. Pienso en cuánto muchacho se nos ha perdido en el bosque de abogados que buscan luego un puesto público, o se acogen al favor político, o se refugian en labores totalmente ajenas a su profesión. Nuestros estudiantes de Psicología, ¿tienen todos posibilidad de ser "psicólogos" o pueden vincularse con la profesión desde otros niveles, siempre técnicos, de formación universitaria cierta, pero que no exigen ni la madurez ni el temple necesarios del psicólogo profesional? Sin duda ese nivel existe, desde que para sus distintos grados forman otras universidades. ¿Formamos para eso en la Facultad? ¿Hemos creado esas especializaciones?

La Facultad debe orientarse hacia la departamentalización. Y un Departamento de Información debe refundir lo que hoy es la Escuela de Periodismo para acogerse a una tarea verdaderamente

revolucionaria. ¿Cómo va a descuidar la UC que ésta es la hora de la información electrónica, y cómo va a descuidarlo una Facultad de Letras? La TV está hoy entre las preocupaciones urgentes de la vida diaria; la Facultad necesita formar técnicamente, seriamente, profesionales para las formas modernas de la información y la comunicación masiva.

Si me preocupan estas distintas vías que la Facultad de Letras debe proponer al estudiante, es porque pienso que los cincuenta años de la UC deben ser ocasión propicia para proclamar en el Perú que la investigación y la docencia superior son las únicas posibilidades (¡hermosas ciertamente!) que debe ofrecer al estudiante la sección doctoral de las secciones humanistas, y que ello exige una selección seria de los candidatos, una entrega decidida a los estudios: una renovación, en suma, de las actuales circunstancias. En la sección doctoral de todas las especialidades debe haber exclusivamente un ambiente de investigación, de meditación, de trabajo reflexivo por parte del profesor y del alumno. Que lo haya en algunos casos no quiere decir que es tónica general de la doctoral. Y éste es un problema agudo que debemos encarar con pasión. Los cincuenta años tienen que servirnos para esta exégesis: nos sobran a veces alumnos en algunas secciones doctorales, y nos faltan profesores competentes formados en la investigación y capaces de orientar y dirigir la de los estudiantes. Debemos importarlos si queremos salvar esa esfera de nuestra actividad. Yo diría que debemos hacerlo cuanto antes, para que nuestras bodas de diamante constituyan un acontecimiento trascendental. El país será testigo de grandes cambios sociales en un futuro no lejano; necesitamos investigadores y estudiosos de todo cuanto se vincule con la vida del pensamiento. Nuestros alumnos sólo podrán comprender el sentido de la función universitaria si descubren su contenido mejor, y éste se da totalmente en la tarea anónima de la investigación. Los más audaces de nuestros estudiantes, los más arriesgados, los que se exaltan con facilidad, los dispuestos a seguir hoy sin mucho análisis las ideas que condenarán mañana, saben que, pase lo que pasare, la universidad nunca dejará de gobernar al país desde los hombres por ella formados, así como saben que el espacio ha sido vencido gracias a la investigación surgida de la universidad, y así como

esperan que el terror de ciertas enfermedades desaparezca gracias al empeño de equipos anónimos de investigadores universitarios. Y todos sabemos cuán alejada de estas preocupaciones ha estado la universidad peruana, y qué difícil resulta lograr que las cosas se enmienden rápido cuando debemos luchar, más que con los hombres, con los hábitos.

En estos cincuenta años de vida académica tienen los estudiantes méritos acumulados que debemos reconocer; han ayudado a mantener una tradición de estudio. Podemos felicitarnos también de que nuestros muchachos no sean "reaccionarios". La presencia de ellos en muchos momentos de la vida universitaria del país ha sido también testimonio de "nuestra" actividad. Con ellos hemos compartido el nacimiento de la conciencia de su "individualidad"; así nació hace años la FEPUC. Ya conoce usted mis ideas respecto de la responsabilidad de ellos en el manejo de los asuntos universitarios. Mientras la política partidista manche la pureza innata de la honesta preocupación cívica de los jóvenes; mientras la lucha de los partidos políticos haga su juego en la universidad a través de los estudiantes, no podremos construir la universidad peruana y no podremos, por lo tanto, construir el porvenir. Pero nada de eso significa que podamos hacerlo sin ellos. La culpa está y ha estado siempre, de nuestro lado, en quienes han consentido que el derecho del estudiante a tener representación se convirtiera en "amenaza", en "arma política" y en quienes, del lado de los alumnos, han admitido que llegaran a representarlos, en su calidad de estudiantes, personas ajenas a la honestidad, a la moral y al natural desinterés de la juventud.

¿Qué podemos hacer para que estos muchachos adquieran costumbres de gobierno? Que se inicien con las de autogobierno elemental en los años primeros, pero que vayan descubriendo asimismo durante ese período las ventajas de una formación integral para el mejor gobierno de la "cosa común"; que lo practiquen luego en distintas esferas de la vida universitaria (bibliotecas de seminarios, de facultades, de la universidad; cursos de divulgación para obreros; cursos de divulgación para escolares preuniversitarios; biblioteca rodante para fábricas; equipos de trabajo "de fin de semana";

seminarios interprovinciales; equipos de análisis críticos de las distintas profesiones reclamadas por el estado social del país, etc.) En todo esto veo una labor de "dirección de los asuntos universitarios" en esferas que van acercando paulatinamente al estudiante a compartir con nosotros la gran tarea. Luego será fácil que esa experiencia se vuelque en los Consejos de Gobierno y sea una efectiva y leal colaboración. No podrá decir nadie que "han asaltado" la casa sino que, por lo contrario, dirán que hemos contribuido a que formaran su capacidad de organización y de dirección en asuntos de índole universitaria ligados a su inquietud y su experiencia, a fin de ponerlos así en condiciones de compartir con nosotros tareas de otra índole. Que eso se llame representación estudiantil o co-gobierno me parece que es lo de menos, porque de hecho es ambas cosas. Y usted me ha oído decir muchas veces que tal no es el peligro para mí; el peligro está, y lo sigo creyendo, en que los profesores nos olvidemos de nuestra misión, de nuestro decoro y de nuestro derecho, e incurriendo en irresponsabilidad nos pongamos a jugar inconscientemente con los muchachos a "policía y ladrón" dejando que ellos asignen a nuestras relaciones un sentido de lucha en que llevan las de ganar, porque todo eso significa la hecatombe. No tengo miedo a las ideas ni a las instituciones; pero a veces temo a los hombres.

Ya ve usted, mi querido Felipe, cuánto sueño para la Facultad y la UC en el cincuentenario. Todo eso exige dinero. No conseguiremos investigadores sin dinero. No los conseguiremos si, a cambio de dinero que asegure un nivel decoroso, les exigimos horarios y deberes de "empleados a destajo". No se puede medir dicha actividad en horas de trabajo diario o semanal. Es un punto ciertamente delicado, pero necesario de atender; usted lo sabe bien. Sobre todo porque el muchacho a quien queremos alentar para una vida de estudio (que es la vida que asegurará la permanente vigencia de la institución), necesita "ver" que sus maestros se dedican con "seguridad académica", con amor entero, a sus labores, sin preocupación económica alguna que nuble su vida reflexiva. Y por más que podamos hallar espíritus dispuestos al sacrificio, no podemos ofrecer a los alumnos una perspectiva como la de una vida entregada a la investigación, para que la compartan con la

penuria o el desasosiego. Los ganará rápidamente la competencia extranjera, si es que no los arrastra, y los pierde para la ciencia, la atracción del poder. Con desasosiego no hay investigación posible. Con desasosiego no hay enseñanza verdadera porque no puede trabajarse con honestidad.

Claro que conseguir el dinero no es fácil; y claro que es triste comprobar que tiene que venirnos de afuera. Nuestros grandes capitales, que entregan dinero al Estado para campañas represivas de lo que afecte sus intereses, pero que lo mezquinan o lo niegan para empresas como las de la reforma agraria, no pueden comprender que el reloj que marca la hora del Perú tiene inscrito el nombre de todos los muchachos a quienes debemos educar. Pero con todo, creo que todos estos propósitos no son quimeras. Con cincuenta años de trabajo académico que nos respaldan, podemos hacer todo esto y mucho más. Podemos hacerlo. Con usted, podemos hacerlo; y al decírselo no me oculto episodios antiguos en que no apoyé en el Consejo su opción al Rectorado. Se lo digo, pues, con toda honestidad. Le ha tocado gobernarnos en hora difícil, y serán bravos los años venideros. Pero estos cincuenta años son la fuerza. El empeño de usted, y nuestro deseo de secundarlo, serán sin duda el instrumento de que ha de valerse la Providencia para el buen fin.

Quite usted de esta carta, mi querido Felipe, todo lo que pueda herir y deje solamente lo que mi afecto personal y mi amor por el claustro hayan podido inspirar. Son, con mi homenaje, mi voto y mi saludo afectuoso en el año jubilar.

Su amigo,

el uero

*Ideas sobre la Facultad de Letras**

Es necesario abrirnos más y más a los problemas humanos, para contrapesar la tendencia tecnocrática que amenaza invadirnos y disolvernarnos como casa de humanidades. Los muchachos de Letras creen sentirse desechados por los hombres de empresa; la palabra exacta sería "ignorados". Si es cierto que los hombres de empresa no contratan los servicios de un egresado de Letras por el hecho de ser tal, no lo es menos que un alumno de Letras no ingresa en esta facultad para aspirar a que un empresario lo contrate. Si el alumno rechaza la hermosa perspectiva de la enseñanza superior o la apasionante de la investigación, está negando su porvenir y conspirando seriamente contra el del país.

A la universidad toca "ganar" a la juventud. La juventud es hoy arma indispensable para el triunfo. Cada día crece su influencia, su conciencia de que el porvenir al fin y al cabo ya la tiene comprometida y no se va a realizar sin su colaboración, desde que se está gestando con ella, en ella y desde ella. Pensar en ganar a la juventud para las grandes tareas del espíritu es una colosal empresa de gobierno, no solamente de incumbencia universitaria. Hay que ganarla cuanto antes, sin que nos acompañen en esta afirmación ambiciones ni intereses ajenos a la vida universitaria. La mejor y más urgente inversión del país es la juventud. Es la industria más poderosa. Si así no fuese, los guerrilleros (¡hay que decirlo!) no se la disputarían como se la disputan.

¿Por qué se dejan seducir estos muchachos por la aventura rebelde? Pues porque están dominados por una clase nefasta. Una clase preocupada solamente por su seguridad, pero incapaz de preocupación por el cambio. Una clase que ignora que preocuparse por la seguridad es solamente atenerse a ésta de aquí y de ahora, desligada del mañana. O sea, una clase dispuesta a un porvenir ahistórico, ya que sería -por estático- la negación de todo desarro-

* Transmitidas al padre Felipe Mac Gregor S.J., rector de la Pontificia Universidad Católica del Perú, desde Estrasburgo el 19 de setiembre de 1967.

llo, de todo progreso, cuya condición es el camino, el cambio. No sería porvenir. Sería otra vez el pasado. Lo saben ver los jóvenes de hoy. Tenemos que advertirles que lo sabe ver la universidad, y que ella ofrece los "caminos" por los que se va a dicho porvenir, los instrumentos por los que se "mueven" las ideas y "avanza" el mundo hacia la realización de los grandes fines del hombre. Creo que la universidad tiene que aceptar el reto de las guerrillas para demostrar otra vez que "cabeza" y "corazón" cuando marchan juntos gobiernan y progresan en paz, frente a la desazón y al exterminio. Esa voluntad de cambio debe presidir la tarea docente, la tarea de la universidad entera, porque esa voluntad general de cambio es la seguridad del porvenir de que se reclama el país. La universidad también tiene los puños llenos de verdades.

Quiero iniciar una gran reforma de exámenes. Descartaremos los que incitan a la memorización y alimentan el ingenio fraudulento. No investigaremos lo que el alumno ignora, sino que le daremos oportunidades de mostrarnos el modo cómo sabe las cosas. Busco un tipo de prueba que sirva para medir mejor lo de adentro; no solamente cómo es y cómo se maneja "lo de adentro", sino cómo se recibe ahí, y cómo se combina, esto que el muchacho recibe desde afuera (clases, libros, ideas, vida cultural, vida efectiva).

Quiero ver qué tiene y qué puede dar cada alumno, habida cuenta de que en su reacción tiene que influir de algún modo nuestra enseñanza y la bibliografía. No me interesa si puede o no repetir lo que decimos en clase o puede leer en la bibliografía habitual. Me interesa cómo actúa esa cabeza con que piensa. Quiero ver si es cabeza que puede ayudarnos a pensar a nosotros también, y a obligarnos a pensar mucho (los muchachos ignoran totalmente esta deuda nuestra). Si es cabeza que puede enseñarnos algo, bienvenido el muchacho y loado sea Dios. Si por lo menos es cabeza que puede ayudarnos a hacer pensar, bendita sea la hora. Los demás no tienen cabida en la universidad, y pueden jugar a tantas otras salidas que la vida ofrece, honestas y fructíferas para el hombre.

Después de estos exámenes, nos concentraremos en los que piensan, asociándolos a nuestras labores de seminario, sin que se sien-

tan "impelidos"; como si ése fuera el trabajo natural que "se merecen". A los otros los acostumbraremos al decoro de la lengua y nos conformaremos con que en lugar de pésimas interpretaciones de los grandes autores, que a nada conducen, piensen y redacten con llaneza y buen sentido.

Esto quiere decir que yo no concibo (o mejor dicho, que se ha perfilado mi idea antigua) que la cátedra y el seminario sean dos cosas distintas. Son una cosa entera desde el punto de vista de los fines docentes. Por eso estoy dispuesto a favorecer coloquios entre los alumnos sobre los temas más diversos que puedan atraerlos, desde el punto de vista de su futura elección (Filosofía, Historia, Pedagogía, etc.), temas de examen que de algún modo los comprometan. Se trata de organizar una enseñanza que convenza al alumno de que en la vida universitaria (la vida del espíritu, del pensamiento vivo) nada se consigue sin un trabajo personal denodado, y que en ese trabajo se va haciendo silenciosamente el porvenir cultural del país por el que él cree y quiere luchar cuando invoca la justicia, la libertad, la democracia, adheridas estas ilusiones a lemas momentáneamente estridentes escritos en ruso, en chino o en español antillano. Si el alumno ve que "separamos" la labor docente de la labor investigadora (cátedra y seminario) cree que no hay relación entre ellas, y lo cree sobre todo porque los muchachos de ahora no son ciertamente como Armando Nieto, Ratto, Zubizarreta, Carrión, Sara Hamann (por aquello de que la caridad empieza por casa). Y tenemos que reconocer que el país, y los que lo hacen hoy, no les dan ejemplos capaces de alertarlos hacia el mundo de la reflexión, sino que los empujan hacia el otro lado.

En Letras hay un buen equipo humano, ciertamente. Sí, la unión es más difícil por lo mismo que los que no se manejan con la palabra se manejan con abstracciones (de la palabra y del pensamiento), pero creo de veras que si una voluntad general de cambio (de porvenir) los visita ahora con ocasión de los cincuenta años, podrá decirse algún día que de la universidad salió la verdadera "revolución" espiritual.

*¿Vale la pena ser universitario? **

I La universidad no es un privilegio

- a) El sentido comunitario es uno de los fundamentos de la universidad democrática. Mantenerlo, asegurar su creciente vigencia, es un modo auténtico de progreso.
- b) La afirmación del epígrafe es un triunfo de la vida democrática, que explica la distinta fisonomía (y los nuevos fines) de una universidad contemporánea.
- c) Si no es un privilegio, comporta más que nunca obligaciones graves: no es compromiso con la inteligencia, sino con los hombres.

II La universidad es casa de humanidades

- a) Partimos del conocimiento del hombre, y concretamos nuestro objeto en la valorización del hombre integral. Todo lo que aleja al hombre de sí mismo no se relaciona con este humanismo, el único por el cual la universidad moderna se acerca al porvenir.
- b) Porque buscamos valorizar al hombre integral, la Universidad necesita despertar en los jóvenes la gran inquietud de la reflexión y de la crítica, y el infatigable ejercicio del estudio como virtudes primeras.
- c) Para que las humanidades cumplan el mencionado fin, se requiere asegurar una conciencia universitaria.

III La universidad debe educar para la acción

- a) La preocupación y la misión que la universidad tiene en política es muy clara. Sobre la conciencia universitaria ya adquirida, el estudiante debe ser educado para la acción cívica.

* Guión de la conferencia ofrecida en la Facultad de Letras el miércoles 27 de marzo de 1968.

- b) Sólo puede educarse para la acción democrática en un clima de libertad. Ese clima se funda en el respeto a la dignidad humana y en un acrisolado sentido de la responsabilidad individual, nacional e internacional que al país compete.
- c) La universidad no puede ser un centro de agitación, pese a que en Latinoamérica es un centro donde se estimulan los más exagerados nacionalismos.
- d) Sólo podrá cumplir la universidad su misión cívica si conviene en ser una institución de estudios desinteresados y técnicos para servir al país.
- e) Cuanto más al acceso del pueblo esté la universidad, será posible contar con mayor gente capaz de comprender los beneficios de la libertad.

IV El estudiante universitario peruano debe ser dueño de un hermoso optimismo

- a) La vocación universitaria es una vocación consciente por el trabajo creador.
- b) La juventud estudiosa hará la reforma necesaria en la vida universitaria en la medida en que comprenda su grave responsabilidad de estudiar para llegar cuanto antes a los puestos de gobierno, desde los cuales contribuirá a la transformación del país.
- c) Los estudiantes no lograrán la llamada reforma universitaria mientras crean que es posible confundir vocación desinteresada por el país y sus tradiciones con esporádicos impulsos, desordenados, de inmadurez intelectual. La reforma la harán cuando pongan al servicio de ella los mejores atributos de la juventud: la honradez, el desinterés, el amor al trabajo y al estudio.

V La universidad peruana está en crisis porque el país está en etapa crucial

- a) La triste realidad de nuestra enseñanza secundaria no faculta para la meditación universitaria.

- b) Una universidad "peruana" para cumplir sus fines científicos, debe saber mirar al Perú, y comprender que ha llegado la hora de las grandes transformaciones.
- c) Si la universidad peruana no advierte que prepara a jóvenes destinados a vivir en épocas distintas de las actuales, habrá defraudado a quienes, desde la Independencia, aseguraron la imperturbable eternidad de la patria.

A los profesores de Letras y Ciencias Humanas

En la tarde del viernes último, ordené cerrar la Facultad para evitar que se concretara un mitin organizado por obreros y estudiantes: del mitin tenía ya noticias la policía, que había enviado destacamentos de asalto. En la gestación del mismo han intervenido dirigentes estudiantiles con el doble propósito de protestar contra la Ley Universitaria y el "contrato" de Cuajone, y con el ulterior fin de crear en la UC un estado de inquietud que perturbe el desarrollo de las elecciones estudiantiles, convocadas para el jueves próximo.

A algunos profesores pudo avisárseles a tiempo de esta medida, a fin de que no concurrieran a dictar sus clases. A otros no fue posible, dado lo sorpresivo de los acontecimientos y la urgencia de las medidas que hubo que adoptar. Es probable que en los días iniciales de esta semana estas cosas se repitan, dado que el propósito de los dirigentes estudiantiles y políticos es crear un clima ya analizado recientemente por el Consejo Nacional de la Universidad Peruana.

Quiero invocar el espíritu universitario de nuestros profesores y cuerpo docente en general, con el objeto de que en sus conversaciones con el estudiantado lo inviten a la reflexión y a la cordura. Y quiero convocarlos a que el día jueves 27, fijado por la autoridad para las elecciones estudiantiles, no solamente asistan al dictado normal de las clases, sino que concurren a colaborar con la Dirección en la vigilancia y salvaguarda del acto electoral mismo y del normal desarrollo de la vida universitaria. La universidad no suspenderá ese día las clases, y mi Despacho (que ha recibido noticias y amenazas sobre lo que "ocurrirá con las urnas") está decidido a defender los fueros universitarios sin ayuda de la fuerza policial.

Desde ahora agradezco a mis colegas la atención que presten a este llamado, que hago a nombre de nuestro general amor a la institución universitaria.

Lima, 23 de noviembre de 1969.

Luis Jaime Cisneros
Director académico
Programa Académico de Letras
y Ciencias Humanas

*El plan de estudios universitario**

Desde 1948, al asumir la cátedra, LETRAS robusteció en mí mi adhesión a la juventud, mi fervor por sus anhelos. Aprendí a conocerla en su pasión y en su altivez momentáneas. Compartí su inteligencia alerta. Supe ganarla en la amistad. Descubrí lo que significa generar confianza. Muchos de los discípulos de entonces forman ahora entre mis colegas. Si un común afán de servicio nos congrega, quizás son distantes todavía nuestros particulares modos de entender la realidad universitaria. La universidad enseña que en la crítica acuciosa y constante se realiza el afán de perfección; en ella aprendí que en la renovación constante se perfila y mejora la tarea del maestro. Veinticuatro años después me reconforta que no me hayan cegado ni el prestigio ni el poder, y que mi espíritu siga abierto a las rectificaciones y a los cambios, que continúan siendo el claro signo de la gente joven y veraz. Por eso, si al darles la bienvenida en 1971 me pudiera tentar la vieja tradición de mostrarles la historia de la universidad como un hecho consumado, mi conciencia intuye que ustedes vienen a reanimar y enriquecer esa historia con su sana voluntad de transformarla hasta hacer que en la casa se refleje la exacta imagen del país que reclama nuestro entusiasmo y nuestro dolor de peruanos. La historia a la que les digo bienvenidos es, entonces, ésta que tendremos que aprender a construir con nuestro esfuerzo, nuestra voluntad y nuestra fe. No se hace sin coraje. No se hace sin la verdad.

Y la verdad es que en estos mismos patios, meses atrás, profesores y estudiantes trabajaron apasionadamente en el diagnóstico de nuestros males presentes. No se trataba de que estuviéramos gravemente enfermos, sino de que no estábamos en cabal salud. Los saldos de esa semana de trabajos fueron positivos, a pesar de que los unos y los otros trabajaron para llevar agua a su propio molino. Se discutió con honestidad, y se postuló la necesidad de refor-

* Palabras leídas en su calidad de Director de los Estudios Generales Letras el 29 de marzo de 1971.

mar los métodos, de movilizar el *curriculum*, de ganar cuanto antes el camino de la flexibilidad académica. No aludo a pormenores negativos sino a lo medular de esa reflexión colectiva. Desde entonces parece que estamos en guerra: de un lado los procedimientos legales, de otro lado la voluntad impaciente de los estudiantes. Una coyuntura inesperada ha permitido de pronto que se haga la luz y ha iluminado la batalla. Nuestra guerra está hecha de esperanza, y no gusta, como en las guerras verdaderas, de traiciones ni derrotas. Y como en toda guerra, la estrategia de los generales es mera fórmula ilusoria si no la vigoriza la fe de los soldados. La juventud de ustedes quizá sea para algunos signo de que la guerra puede ser larga. Pero yo sé que esa misma juventud vaticina de qué lado ha de inclinarse la victoria.

Si la Universidad busca en Estudios Generales ofrecer una formación integral que ponga al hombre en aptitud de ser útil a la comunidad, debe garantizarle un plan de estudios que no lo aviente a la perplejidad y al caos. Debe introducirlo en un ritmo de trabajo que, al par que dé sentido a su libertad, ayude a ponerla al servicio del hombre. Nunca como hoy un plan de estudios da idea de los fines que la Universidad busca realizar en sus alumnos. El plan de estudios es nuestro plan de operaciones bélicas. Hay que derrotar al enemigo, que en este caso es nuestra soberbia, nuestra actitud pasiva y conformista, nuestro ensimismamiento, nuestra esclerosis, a fin de que puedan exaltarse al mismo tiempo los mejores atributos del hombre: su capacidad crítica, su aptitud de entrega, su natural curiosidad, su gana de ser él mismo. Hay que derrotar esta torpe voluntad que tienen los políticos de asediarnos y de transfigurar la limpia esencia de nuestra reflexión en pretexto subalterno, para que pueda quedar a la luz la libre determinación del hombre de elegir las ideas que le plazcan. Para asegurar esa estrategia, la Universidad recurre a un plan de estudios que estimule la actividad de profesores y estudiantes, que haga dinámico el aprendizaje, que fortalezca en los debates la adquisición del conocimiento, y que depare la certeza de que sólo se avanza científicamente de verdad cuando admitimos el valor relativo de las leyes y los hechos.

Pero un plan de estudios no es un mero catálogo de materias. No se trata de decir cuántas materias nos proponen, sino de qué modo nos las ofrecen. No me digas cuánto sino cómo te enseñan, y te diré qué sabes. Las clases que integran nuestro arsenal son aquellas que constituyen un estímulo para la reflexión, puesto que únicamente ella convoca a la imaginación y despierta el verdadero apetito del saber. El profesor que recita su lección y el alumno que la transcribe austeramente en efímeros apuntes textuales garantizan la inercia y apresuran la muerte del saber, porque anulan al hombre. Las clases de Estudios Generales tienen que ser, por eso, un haz de provocaciones reflexivas. Si no se reflexiona, es porque nada tenemos que hacer con el hombre. Y esta guerra se hace para que la universidad sea la casa del hombre.

Un sistema de estudio que asegure el debate y el análisis de las ideas, asegura la libertad y facilita, por ello, la comprensión del mundo. Si queremos universidad estancada, separemos a los alumnos de sus maestros. Si queremos universidad estereotipada, instauremos el dogmatismo en los cursos, amputemos la libertad académica y ahogemos el espíritu de crítica en los muchachos. ¡Pobre absurda inteligencia humana la que será fruto de esta infamia! Pero si queremos hacer de veras universidad, abramos las puertas para que el alumno comprenda en su propia carne y en sus particulares desvelos cómo se gesta el trabajo creador. Hay que ayudar a sacudir el árbol, para facilitar la tarea del viento, que limpia y remoja y, contra toda apariencia de que ha de arrasar con todo, asegura y repite la animada imagen de la primavera y de la perfección. Si queremos universidad, hagámosla cuanto antes. Para ello necesitamos un sistema de trabajo que garantice esa misión formadora de una universidad moderna. Necesitamos aprender a vivir en cuestionamiento constante. Si no queremos esto, suprimamos al estudiante, separemos al profesor inquieto, aseguremos la tranquilidad y el sosiego de los médanos. Pero suprimido el estudiante, no habrá sujeto en quien podamos cumplir la hermosa tarea de propiciar sus destrezas y asegurar su personalidad, la cual sólo se ha de formar enteramente entre iguales y no en un clima de opresión. Muerto ese estudiante, nuestra soledad será tremenda, nuestra congoja interminable, e irreparable nuestro deleznable error.

Un sistema de estudios moderno implica ver las cosas con óptica moderna. No podemos empeñarnos en que el prestigio de nuestra experiencia o la solidez de nuestro saber nos conduzca a ofrecer el mundo sólo a través de nuestros particulares anteojos. No podemos empeñarnos en ofrecer un agua químicamente pura, porque ya recordaba Unamuno que esa no era potable. Lo que necesitamos es un plan de estudios capaz de remover nuestras inquietudes, de conciliar las aficiones, de convocar las más remotas esperanzas del adolescente, y hacer converger todo ello en una sana voluntad de estudio y de progreso. Concebirlo así es postular una reforma. Concebirlo así es educar para la libertad. Y educar para la libertad es afianzar la imagen del hombre y desterrar la prepotencia y la sumisión. La libertad es la meta. Conquistarla y conservarla es una dura lección. Exige conciencia lúcida y recta intención, para no caer en las trampas. La seducen y la asedian oscuras pasiones, a las que a veces confía el hombre su voluntad de dominio o el oprobioso afán de la controversia ideológica. Sin embargo, ni la obsesiva imposición de las ideas, ni las astucias del poder aseguran al hombre la dignidad, que sólo proviene de la libertad con que él acepta el poder y asume las ideas. En la libertad se perfecciona la universalidad del hombre, y sólo en ella éste consolida su conciencia de continuidad y solidaridad humana. Asegurando la libertad, la universidad afianza en los estudiantes sus diferencias personales y logra transmitir un sentido humano y universal de la vida, para que se transformen en dominadores de sí mismos y se capaciten para la tarea que la sociedad reclama de ellos. Estudios Generales busca, por todas estas razones, formar individuos de "juicio esclarecido y sentido crítico", capaces de liberarse y de dominarse, es decir, capaces de despojarse de preconceptos y pasiones.

Y porque los queremos libres, los queremos críticos. No queremos darles "cosas", sino prepararlos para apreciar el valor de las mismas. Los queremos exigentes porque los ambicionamos lúcidos. Necesitamos formarles el juicio, ponerlos en aptitud de indagación permanente. Sólo cuando la ciencia es cuestionada y comprobada, podemos decir que la hemos comprendido. Y sólo entonces podemos darnos el lujo de utilizarla y mencionarla. Y porque preferi-

mos el juicio a la memoria, pensamos que los cursos de Filosofía -antes que proporcionarles sabiduría o conocimiento- deben lograr que tomen conciencia de su situación y de su libertad mostrándoles "cómo están capturados por la naturaleza y cómo, sin embargo, la dominan".

Les estoy anunciando que necesitamos enseñar en una medida en que se pueda aprender. Nada nos interesa más que eso. A Estudios Generales no le atrae tanto desempeñar un papel técnico de instrucción, como esta urgencia de educar, función abandonada, por virtud de cuya inercia los valores espirituales y morales se ven apabullados por la mera transmisión de conocimiento. Para esta generación de ustedes, que cuestiona el orden social; para quienes sufren con dolor auténtico personal el anónimo dolor que se cobija en los peruanos humildes, es necesario educar al hombre. Por eso insisto en la necesidad de estimular la aspiración humanista hacia la educación integral. Esa educación la tiene que garantizar un *curriculum* flexible, ahíto de posibilidades. Formar al estudiante para que esté apto para comprender y ayudar al hombre a perfeccionarse entre sus prójimos mediante la verdad, el amor y el trabajo, fortalece la fe. Eso contribuye a ponerlos en condiciones de perfeccionarse a sí mismos, que es más importante que capacitarlos para ejecutar una tarea mecánica determinada. Crear ese sistema de trabajo es reformar la Universidad. Y movilizar el sistema es ofrecer una gama de cursos electivos que hagan realidad la elección de que hablan los reglamentos. Si ofrecemos un estrecho canal de cursos electivos (como ocurre en este semestre para el segundo año), nos vemos obligados a poner topes en los mismos. De donde la selección no resulta un producto derivado de los gustos e intereses personales sino de quién se levanta más temprano para alcanzar vacante. Lo que, en buena cuenta, es el fin del criterio de la opcionalidad. Sin ese criterio, Estudios Generales es un sin sentido. Los cursos opcionales son, en realidad, la estructura verdadera sobre la que descansa la eficacia de todo el sistema de trabajo. De un lado, las asignaturas que ofrecen una base sólida para emprender la aventura intelectual. Del otro lado, las incitaciones diversas que hacia el mundo de la vida práctica o del sentimiento, hacia las esquinas del espíritu puro de investigación o de

la creación artística, hacia los remotos mundos de la ilusión, pueden solicitar al adolescente. Esta opcionalidad necesita cada día reforzarse más, si es que tenemos en cuenta que no resultan tan electivos aquellos cursos que vienen exigidos por las unidades académicas que constituyen un destino ulterior. Cursos de alfabetización, de reforma agraria, de computación, de contabilidad, de psicoanálisis, de literatura americana, de sociología latinoamericana, de humanismos cristianos contemporáneos, ofrecen como muchos otros respuesta diversa a la distinta y múltiple manera como se manifiesta en los muchachos la avidez por el saber. En esto consiste la reforma de que hablo, y a ella alude el plan de estudios presentado a la Universidad. Esa reforma tendrá que hacerse con esa o parecida fisonomía. No se conseguirá con desplantes, porque las ideas sólo se robustecen con la convicción y el estudio. La razón es una fuerza silenciosa, pero trabaja con eficacia. Los caminos están trazados decididamente. Con un sistema nuevo de trabajo iremos hacia la transformación radical de la Universidad. Si abandonamos el riesgo (¡y no somos maestros si no somos jóvenes!), caeremos en la anemia. Lo contrario es creer que no estamos en 1971. Pero la unidad académica que dirijo está acá, y los acoge acá y hoy en sus aulas, precisamente en esta hora del mundo. Y para las horas que vienen me han llamado a gobernarla.

No se ha hecho este plan sin reflexión, y sin tropiezos. Son muchos antiguos proyectos, cavilaciones antiguas y afanes recientes los motores que lo han impulsado y le han dado luz propia. Ahí se resumen viejos anhelos de profesores, largas y aparentemente infructuosas deliberaciones de la Comisión de Evaluación y de Currículum. No es fácil crear de la noche a la mañana coincidencias. No importa que los plazos angustiosos que a veces nos depara el azar hayan impedido concretar la tarea de unos y otros. Sé que asumo por virtud del acaso el compromiso y la responsabilidad de su presentación y su defensa. Sé que estoy sujeto desde ahora a interpretaciones. Es mi fortuna. O mi riesgo. Pero no he venido a presidir un rebaño sino a ayudar en la construcción de una comunidad. Y una comunidad es tal cual cuando la visita la certeza de su coherencia y la fuerza de sus convicciones, y cuando no la arredra el temor. Yo quiero presidir una comunidad universitaria, que es

una vasta esperanza. Tengo para hacerlo las armas necesarias: la verdad y el coraje. Y tengo en ustedes la voluntad del porvenir.

Si la promoción de 1970 constituyó un signo promisorio de inquietud y de crítica, hay derecho para pensar que saludo en ustedes hoy a la promoción de las grandes realizaciones. A esa tarea de trabajo ardiente, de constante celo, de crítica alerta y de estudio serio, les digo bienvenidos. En esa tarea yo estaré en la línea de fuego.

Y no quiero terminar sin proponerles la meditación sobre un fragmento de un hermoso libro que siempre he recomendado a los muchachos, a los de ayer y a los de siempre: *Demian*. En una de sus páginas hermosas, aparece esta confesión del protagonista:

No es posible imaginar lo que vendrá. El alma de Europa es un animal que ha permanecido mucho tiempo encadenado. Cuando recobre la libertad no es de esperar que sus primeros impulsos sean muy amables. Pero ni los caminos ni los rodeos importan si al fin ha de surgir a la luz la verdadera necesidad del alma, adormecida y engañada durante tanto tiempo. Y este día será el nuestro, será el día en que se nos necesitará. Pero no como guías ni como legisladores -ninguno de nosotros alcanzará a ver las nuevas leyes-, sino como voluntarios, como hombres dispuestos siempre a acudir donde el destino nos llame. Todos los hombres están prontos a hacer lo increíble cuando sus ideales peligran; pero cuando se anuncia un nuevo ideal, un nuevo impulso de crecimiento, inquietante o quizá peligroso, todos hurtan el cuerpo. Nosotros seremos entonces de los pocos que acudan y avancen sin temor.

*Palabras de gratitud**

La presencia de todos ustedes anuncia que tengo edad suficiente para comprender cómo pueden a veces concertarse generosidad y cariño y obnubilar las conciencias. Pero me alegra, sin embargo, que esta momentánea ilusión de que soy protagonista sirva para comprobar cuánto puede lograrse en la vida académica cuando hay un grupo apremiado por el honesto afán de saber y de perfeccionar la enseñanza.

Sí, es verdad; tengo edad más antigua que la de don Alonso Quijano, y soy ciertamente "seco de carnes, enjuto de rostro, gran madrugador", aunque no amigo de la caza. Los libros de mi biblioteca superan, por gracia de los tiempos, los acumulados en casa del manchego, y han servido, antes que para perderme, para afirmar y equilibrar el juicio. Ustedes saben que sin esos libros nuestra vida no podría rejuvenecerse todos los días en el aula. Los profanos suelen creer que los profesores leemos muchos libros y que hasta somos capaces de repetirlos de memoria. Nosotros sabemos que nos sirven para esclarecer nuestra independencia y fortalecer nuestras certidumbres. La más grave tarea nuestra es impedir que los estudiantes caigan en el fetichismo de la falsa ciencia, que tiene en la temprana erudición su enemigo mortal, y despertarles en cambio el apetito inteligente por el saber, que nos permite transmitirlo, de promoción en promoción, enriquecido por nuevas e incesantes lecturas.

Para que haya realmente un pretexto saludable esta noche, yo quisiera ante todo rendir homenaje a don José Jiménez Borja, eminente maestro que en esta casa y en la de San Marcos, echó hace varios

* Leídas durante el homenaje que se le tributó en el Instituto Riva-Agüero el 26 de junio de 1981 con ocasión de haber cumplido sesenta años de edad. El acto académico fue presidido por el ingeniero Hugo Sarabia Swett, rector a.i., y contó con la participación de los profesores Dr. Salomón Lerner Febres, jefe del Departamento de Humanidades, y Dr. José Luis Rivarola. Estas palabras de gratitud se publicaron en la *Revista de la Universidad Católica*. Lima: 1981, nueva serie, n° 9-10, p.18 - 21.

lustros las primeras semillas para una preocupación científica por el lenguaje en los medios universitarios, y trabajó sin descanso por mantener una enseñanza vitalizadora. Esclarecido fruto de su magisterio fue el libro de Pedro Benvenuto Murrieta, obligada puerta de ingreso en la reflexión sobre el español hablado en el Perú. A veces, el llamado de alerta de los pioneros se ve disimulado (cuando no oscurecido) por el bronco ruido con que los nuevos modelos científicos se asoman en el horizonte; pero cuando nos alcanza la serenidad comprendemos cómo los ojos que podían advertir el nuevo día habían sido educados por alguien para gozar provechosamente de ese deslumbramiento. La aptitud para frecuentar esa etapa auroral provenía de Jiménez Borja en el Perú.

Ex todo corde, si acepto esta ceremonia es porque tal vez me permite reflexionar en alta voz sobre nuestra disciplina y su destino. Lo admito: los estudios filológicos son hoy una real posibilidad entre nosotros, y se diría que una prueba de ello la constituye el que entre todos los que trabajamos en el país cubrimos muchas de las direcciones en que ha ido multiplicándose la ciencia. Y eso, que a muchos podría parecer síntoma de progreso, creo que debe llamarnos a reflexión. Tengo miedo de que el apresurado recuento de lo hecho impida su adecuada maduración, al tiempo que nos haga perder de vista la lenta enumeración de todo cuanto resta realizar. Tengo miedo de que el prurito por abarcar relegue al olvido la necesidad de profundizar.

Pero quiero hablar de nuestra necesidad de rigor. La atracción del mundo de las computadoras, que asegura tanta fácil victoria en el mundo empresarial, está desarrollando en los jóvenes un sentimiento de lo fácil, un desdén por el trabajo riguroso de una inteligencia aplicada a la reflexión, que constituye en mi sentir grave obstáculo. Hay que luchar para que nuestros muchachos no se vean ganados por la improvisación, que es incompatible con la ciencia, y que es incompatible con la vida universitaria, hecha para el trabajo creador. Y hay que insistir majaderamente, ya en el terreno de los estudios que nos conciernen, en una afirmación que puede convocar a la sonrisa: sin lenguas clásicas, no hay formación segura en las disciplinas filológicas. Y contra lo que puedan creer muchos de

ustedes mismos, pienso que esa formación se reclama asimismo de un severo aprendizaje fonético. Sé que es difícil, porque en Lima resulta casi una triste metáfora, puesto que no hay fonética con tiza, pizarra y grabadora, sin laboratorios experimentales, sin quimógrafos, sin espectrógrafos y sin otros esdrújulos más. Pero es disciplina que da rigor en la observación y en el análisis. Con esto no hago sino repetir una antigua afirmación de Amado Alonso, ante cuya formulación nosotros sonreíamos con la envidiable soberbia de los años mozos: sin una seria formación fonética no hay filología.

Quiero hablar también de otro peligro: la dispersión en las vocaciones. Por eso debemos defender los Estudios Generales: para asegurar vocaciones científicas y para garantizar un serio ejercicio profesional, necesitamos asegurar una sólida formación humanista. Y la evidencia se impone. Estudios Generales es obligada antesala de toda profesionalización. Claro es que una formación humanista, cuando tenemos a las puertas el siglo XXI, no se puede reducir a las ilusiones y a los programas que todavía presiden ingenuamente muchas de nuestras casas de estudio. Buena ocasión para meditar sobre el tema ofrece el próximo centenario de uno de los grandes humanistas de América, que descubrió el verdadero humanismo interdisciplinario. Lo que más necesitamos combatir en los muchachos es su aptitud para lo fácil, la prontitud con que se niega el pasado y se acepta cualquier momentánea ilusión del presente, porque en ciencia nada de lo que se consigue realizar (por revolucionario que sea o que parezca) deja de tener fundamento en lo que se realizó en el pasado, y es siempre antecedente inevitable y cuna obligada de lo que podrá hacerse en lo porvenir.

Si yo puedo sentirme por un instante eje eventual de esta ceremonia, es porque sé que sin estos alumnos míos (que de alguna manera son repetición en el tiempo de los que fueron mis maestros) nada podría haberse concretado. Lo único que hace provechosa la enseñanza de un profesor es el entusiasmo, la inteligencia, la voluntad cierta de superación que aportan los alumnos. Hay que aprender a aceptarlos como son porque, con sus virtudes y defectos, constituyen la hermosa materia que la Providencia nos entrega para que

al ayudarlos a realizarse podemos realizarnos nosotros mismos, a despecho del barro de que estamos hechos.

Cuando digo gracias por las palabras de los doctores Varillas, Lerner y Rivarola, digo también mi satisfacción porque el sitio que ocupan es reflejo de una línea de trabajo y de una vocación que estaba a flor de piel en el instante de su inauguración universitaria. Y no puedo terminar sin dos confesiones necesarias. Nada podría haberse realizado en el Instituto Riva-Agüero sin la presencia diaria de Víctor Andrés Belaunde, que infundía entusiasmo a fuerza de sus resonantes metáforas. Y sin el magisterio vivo y puntual de Felipe Mac Gregor, que dio forma definitiva a nuestra vida académica de la Universidad, todo habría sido una quimera. Este homenaje que ustedes generosamente me dedican, celebra en verdad la vida que hemos compartido en el trabajo fecundo, la alegría de haberlo realizado con fe en nuestra disciplina, esperanzados siempre en servir al estudiante y a la Universidad. Nuestra tarea es, por eso mismo, no cejar, no dejar de exigirnos a nosotros mismos, para que la alegría de saber y de crear pueda ser cada día más cierta y alcance a grupos cada vez más numerosos de estudiantes.

**75 años de la Universidad Católica:
un aniversario (casi) nacional***

De los setenticinco años que tiene vividos la Católica, llevo compartiendo cuarentidós en su quehacer (¡si me apuro, la alcanzo!). Llegué a ella en su plena adolescencia y he sido así testigo de su segura y progresiva madurez. Desde la calle de Mantequería de Boza pude divisarla, viniendo a la Plaza Francia desde San Marcos, ya vencida la tarde, tras haber dictado mi clase de *Literatura Castellana*, en la que había sucedido a Aurelio Miró Quesada. Las torres de la Recoleta quebraban la chatura de las edificaciones, y sólo el viejo y sólido edificio en cuyo segundo piso vivía Honorio Delgado daba alguna sensación de ciudad a este recorrido casi pueblerino que yo hacía dialogando con Jorge Puccinelli, que esa noche iba a presentarme, en la Católica, a Raúl Ferrero, decano a la sazón de su Facultad de Letras. La plaza parecía acentuar, con su triste iluminación, la versión pueblerina que el camino me había dibujado. La casa misma me pareció poco favorecida por la luz y el patio parecía inmenso para tan poca agitación, pero comprendí enseguida que era el marco adecuado para ese árbol que por tantos años iba a acompañarnos. Esa noche, en el hervor de los saludos y las presentaciones, comprendí que la casa había sido siempre mía. Raúl Ferrero era solemne en la actitud, pero en los ojos dejaba traslucir firmeza de carácter, visión clara y sobre todo espontánea adhesión a la verdad. La picardía en la voz y en la mirada de César Arróspide (profesor de *Estética* entonces) y la cabeza reiteradamente afirmativa de Mario Alzamora me anunciaron, en los primeros diálogos de esa noche, que el terreno era apto para el esfuerzo y podía asegurar buenas cosechas. De aquella noche de setiembre de 1948 -democracia también viviendo su crepúsculo- a estos calurosos días subversivos de hoy, no puedo ni siquiera decir que ha corrido mucha agua bajo el puente, porque el Rímac ya no es el río cumplidor y la persistencia ha ido dejando de ser virtud peruana. Cuando al día siguiente visité al rector Vargas Ugarte, nuestros

*Publicado en la revista *Oiga*. Lima: 23 de marzo de 1992, p. 56-58

recuerdos del padre Furlong -jesuita como él- fueron confirmando que este tropiezo accidental era en verdad un reencuentro. Reencuentro que se confirmó ciertamente, días después, cuando estuve (en su severo despacho de Lártiga) con Víctor Andrés Belaunde, *mi tío Víctor Andrés* en el lenguaje aprendido desde criatura. Yo no había conocido a Riva-Agüero, pero la casa (los muebles, los finos libros encuadernados de la biblioteca) me permitían reinvertármelo para mi gozo, mi sonrisa o mi veneración. Formado como había sido yo por gentes de amplio criterio, malentendí algunas cosas, adelanté imprudentes juicios, formé (digamos) mi "capilla interior". Se improvisaron para mí, por deferencia de Ferrero, consentida luego por Alzamora (su sucesor en el cargo), unas horas de *Literatura Castellana*, y en marzo del 49 estaba ya oficialmente incorporado en el curso de *Lengua Castellana* se llamaba), que todavía dicto. No voy a historiar el curso, porque éste es un aniversario de la Universidad entera, y es en mi recuerdo el aniversario de las gentes que con su trabajo y su amistad fueron logrando que hoy la casa esté en la primera fila de las instituciones universitarias del país.

Hombres maduros y muchachos en plena juventud fueron desde entonces el compromiso de todos los días. Nadie sabe cuánto debe uno a estos contactos diarios, y cuánto de eso que los desentendidos aplauden como "nuestro saber" está endeudado a esas personales y anónimas contribuciones que vienen a veces envueltas en una sonrisa, en un consejo, en un mohín de disgusto. Porque la vida universitaria es, ciertamente, vida de estudio. Pero es vida de estudio compartida en el afán creador, en la amistad y en la discrepancia, en el gozoso ejercicio de un quehacer intelectual. Sí, eran jóvenes esos alegres muchachos que hoy son senadores o ministros, embajadores o maestros eminentes, colegas hoy del profesor circunstancial de ayer. Eran jóvenes cuya edad fluctuaba entre los 18 y 19 años (la edad ideal para iniciar la reflexión universitaria), pero mostraban cuán sólida había sido la tarea del colegio y qué calidad de profesores respaldaba ese rendimiento, que tanto nos ayudaba a progresar. Eran muchachos lectores: leían a Unamuno, a Ortega, a Sartre y a Camus; podíamos tropezar con ellos en las exposiciones de arte de la Galería de Lima o hallarlos en los

entre actos de un concierto de la Sinfónica. Frecuentaban autores que la escuela no registraba en sus programas, pero que les habían sido sugeridos por sus maestros en el colegio. Y no había diferencia entre los alumnos que provenían de escuela particular o escuela pública: todos mostraban el mismo interés, la misma actitud inteligente, una clara aptitud para la reflexión. Por eso no sorprende que me tocaran, como clarinada de alerta, las primeras voces de inquietud gremial. Muchos interesados por organizar centros estudiantiles (un día para dedicarlos al estudio o la investigación, otro día para orientarlos al enjuiciamiento de la misma organización universitaria, un tercer día para inquirir por los graves problemas del país). Fueron horas de fervor político, porque no en balde el país estaba en manos de quienes habían irrumpido en la escena política y quebrado la vida democrática. Estos hechos, que sin duda escandalizaron a muchas familias (por aquello de que en la universidad no debe "hacerse política") fueron síntoma claro de que la universidad comenzaba a crecer en la dimensión nacional. Porque es verdad que el partidismo político y la propaganda ideológica nada tienen que ver con el quehacer universitario; pero la misión de la universidad (formar profesionales, formar ciudadanos, formar hombres cultos) es función que entraña responsabilidad política. Fue creciendo, pues, la casa, y fue aumentando el número de alumnos; y fui conociendo (y beneficiándome siempre) el valor de colegas y estudiantes. En mi memoria están la palidez persistente, pero la risa franca acompañante, del profesor Pawliek; los ojos saltarines y brillosos de Paul Linder; la nariz inquisidora de Lorenzini, que venía en bicicleta a dar sus clases de latín; la hierática desnudez del viejo profesor Cavassana; los desorbitados ojos de monseñor Lituma, y otros más de la primera hora. Y está el recuerdo de una hermosa promoción, la de 1951, que ha dado tanto brillo a la Universidad.

Con el pasar de los años, la casa resultó chica para tanto afán de crecimiento interior. Estar en la Universidad era frecuentar, a media cuadra, la estantería bien poblada de la librería *Studium* y aventurarse hasta la cuarta cuadra de Lártiga para recalar en el Riva-Agüero, previo café en *El Patio*, todavía inmune a los ambulantes de hoy. Transitar por las calles de Lima, a las siete de la noche, era un placer que disimulaba la diaria obligación de ir a aprender a estudiar.

Aprender a estudiar era algo que se realizaba desde el primer día de clases; y como no había computadoras ni máquinas *Xerox*, todo quedaba librado al empeño consciente y a la clara voluntad. No había espacio para los remolones; el porvenir estaba a las puertas y era cuestión de abrirlas para arriesgar la caminata. El estudio era la divisa.

A partir de los 60 las cosas se fueron animando en la vida intelectual y repercutieron en la Universidad. Los muchachos arriesgaban lecturas y poemas, cuentos, discusiones. Nombro solamente a Alfonso Cobián, muchacho de inteligencia clara y espíritu emprendedor, diestro en la reflexión y en la polémica, muerto tempranamente cuando tanto cabía esperar de su inteligencia y su denuedo. Y nombro, en el terreno literario, a Javier Heraud, hermosa cabeza creadora que iluminó el verbo poético de su generación desde sus ojos tiernos y su honesta ilusión revolucionaria. Y no quiero hacer catálogo de nombres, pero sí debo destacar que la Católica se ha enriquecido por los nombres de muchos grandes poetas nuestros, y justamente ha de editarse con ocasión de este aniversario un tomo en que Eduardo Chirinos reúne a los más representativos.

Lima crece, el mundo cambia, el país aumenta sus riesgos de salud, el analfabetismo juega a ser derrotado un día pero siguen triunfando sobre él la improvisación y la desidia, ya no hay sitio en la casa (en las casas) de Lima, y hay que venirse a Pando, en lo que entonces parecía el fin del mundo. Pando es ahora la casa grande, el "fundo" de los mayores. Pando está ligado a la tarea rectoral de Felipe Mac Gregor, el rector emérito. Pando es el símbolo no solamente del crecimiento extenso, físico, de la Universidad, sino que es el testimonio de un progreso evidente (siempre insatisfecho, pero siempre latente) en el arte de profundizar. Pando es la investigación y el seminario. Todavía no es la ansiada proyección social, y lo será sin duda en tanto que maestros y estudiantes nos empeñemos en lograrlo. Porque una cosa está lográndose (y por eso aseguramos el perfil coherente): la UC es, felizmente, y cada vez con más certeza, una comunidad dialogante de maestros y estudiantes.

*La UC octogenaria **

Hace ochenta años que un sacerdote vasco francés incurrió en el delirio de esta utopía: crear de la nada una universidad. Europa estaba en una guerra larga y afrentosa, y no había por qué desalentar a Jorge Dintilhac de su buena idea. San Marcos tenía por entonces sonado prestigio y cabía esperar que esta idea, dadas las circunstancias ideológicas de la época, floreciese.

Ochenta años hace de esta efusión, y florece todavía. Los nombres que circulaban por el mundo en la política y en las artes eran de estrategas amantes de la libertad, de sabios preocupados por la salud o artistas embebidos de su arte. No había ministerios de propaganda, porque la verdad era la única divisa de los pueblos. Como sabemos, en estos ochenta años todo ha cambiado en lo que a tales cosas concierne. Y he aquí que ahora que celebramos los ochenta años de la casa y recorremos lo que ha sido la educación superior en el país, sentimos que un timbre de sano orgullo nos recorre y un agradecido voto de aplauso por haber sabido persistir en el empeño central de educar y no transigir ante borrascas impuestas un día por el poder central, algún día por otros intereses. La historia del país de estos últimos ochenta años puede resumirse en la biografía de muchos peruanos ilustres que pasaron por sus filas, ya como estudiantes, ya como maestros. Cátedra abierta a todos los vientos, nunca fue la Universidad la casa inquisitorial que muchos habrían deseado, pero tampoco se dejó embaucar por certeros cantos de sirena.

La vida universitaria ha cambiado, el país ha cambiado, ¡qué cosa no ha cambiado en el mundo! Pero la intuición de aquel sacerdote y la generosa adhesión que a sus ideas prestó José de la Riva-Agüero para asegurar el preclaro campus en que hoy trabajamos, justifican que el país celebre el aniversario con la solemnidad con que lo estamos celebrando.

* Publicado en la columna "A la caza de todo" del diario *Expreso* (Lima: 20 de abril de 1997)

*Gratitud y perdón **

En ceremonia realmente generosa la Universidad Católica ha creído necesario celebrar mis cincuenta años de docencia. De los 81 que tiene la universidad de trabajo docente, cincuenta años de mi vida están ligados a su historia. En lo estructural, desde la estrecha e incómoda (pero extraordinariamente rica) Plaza Francia, con su bullicio callejero, su olor a cochifritos y el eco inmediato de la agitación política callejera, hasta la amplia llanura de Pando. Y en lo académico, que nada tiene que ver con la estructura del edificio, la he visto crecer y crecer: en exigencia, en solvencia, en afirmación de su destino. He aceptado ser esta vez el homenajeado tan sólo para admitir que en mí se repiten colegas y estudiantes de distintas horas, de generaciones diversas, cuya presencia (así haya sido momentánea) dice y es la historia de la Universidad. De nada serviría nuestra presencia en la casa si no pasaran por ella los estudiantes. Cincuenta años de docencia acumulan centenares de estudiantes que robustecieron nuestra fe en la docencia, animaron nuestra inquietud por la ciencia, nos ayudaron a perfeccionar la enseñanza y a intensificar la investigación. La gente suele ignorar cuánto debemos los profesores a los estudiantes: a los que callan y a los que preguntan, a los que nos revelan lecturas que no conocíamos, a los que nos ayudan a mejorar nuestra interpretación de los hechos y los hombres, a los que nos ofrecen con su amistad una nueva y fresca visión de la historia y nos ayudan a comprender a las generaciones. Por eso, yo soy en verdad el convocado a expresar mi gratitud. Mucho me han ayudado los estudiantes: los que se sintieron atraídos por la ciencia filológica y enrumbaron por ese camino, y hoy son mis colegas a quienes consulto con admiración y simpatía; y también los que eligieron otros caminos pero se mantuvieron en la línea de colaboración interdisciplinaria que la Universidad imprime. Pero la vida universitaria también suele tener sus sombras, y es probable que en tantos años haya ofendido involuntariamente a colegas o estudiantes, o no haya sabido interpretar una angustia o no haya alcanzado aclarar una duda. Por eso también debo decir perdón.

* Publicado en la columna "A la caza de todo" del diario *Expreso* (Lima: 13 de setiembre de 1998.)

*Qué significa la universidad **

Avisos reiterados en la prensa, frases realmente conmovedoras en la radio, acusaciones veladas en una que otra esquina están anunciando que las universidades preparan su próximo semestre de actividades. Las sesiones de examen en muchas de ellas confirman que este primer semestre académico llega a su fin. Es probable que mucha gente ni siquiera se entere de todo esto. Lo que ningún aviso dice es qué significa la universidad. Claro es que para responder a esta inquietud hay que estar adentro y hay que haber aprendido a vivir la universidad. Porque eso, ante todo, significa: un nuevo modo de vida. Un nuevo modo de vivir intelectual, social y sentimentalmente. Una manera nueva de apreciar la opinión de los otros (los de ayer y los de hoy), una desconocida tribuna desde la cual aprendemos a juzgar ideas y sentimientos de los otros; un distinto modo de apreciar el pasado y el futuro. Y una oportunidad de comprobar que la lectura nos rejuvenece el ánimo y el entendimiento, nos propone una honda reflexión sobre la tolerancia y la libertad, nos alienta en esta reiterada porfía de curiosidad con que a la universidad llegamos. Afirmar todo esto es ciertamente una confesión que podemos hacer, serenos y felices, tras más de cincuenta años de haber hecho de la vida universitaria nuestra mejor costumbre: todos estos años han sido de permanente lección en la Católica. Muchos hemos aprendido de los colegas, pero mucho, mucho más, nos han enseñado los muchachos con sus preguntas, con sus propuestas, con sus expresiones nuevas, con sus nuevos modelos de ritmo y de canción. Por eso he comenzado diciendo que la universidad significa un nuevo modo de vida. Ahora que unos se empeñan en ver qué los distingue o los distancia, yo descubro cuán profundo y duradero es lo que silenciosamente nos nutre: por eso, *alma mater*. Porque es casa nutricia.

* Publicado en la columna "A la caza de todo" del diario *Expreso* (Lima: 20 de junio de 1999).

Entrevistas



Educación en crisis *

Luis Jaime Cisneros es un humanista y un interesado educador. Estas son sus preocupaciones frente a la educación en el Perú y los problemas de las universidades en la actualidad.

¿Qué puede hacer la universidad frente al deterioro de la educación escolar?

La universidad no debe bajar su nivel. La tarea no es remediar ni solucionar en la criatura lo que el colegio no solucionó. Uno se pregunta si con esa cabeza puede o no trabajar. Ese es el planteamiento. Si no, tienes profesionales sin condiciones.

¿Y cómo enfrentar el bajo nivel de esos chicos?

Exigiéndoles. Cuando llegan, no aguantan y los botan. Las universidades no pueden deteriorarse.

¿Y las universidades nuevas?

El que quiere se va donde exigen. Hay más de sesenta universidades y en el país sólo hay profesores adecuados para ocho de ellas. Saque usted las consecuencias. Los que no ingresan en unas, irán a las otras; pero cuando acaben, otros serán los que los escojan.

¿Eso deteriora el nivel?

La persona que se dedica a su profesión en serio y es respetable no deteriora la educación. La gente tiene miedo de decir la verdad. Si esto es una porquería, decimos cualquier cosa pero no respondemos qué es.

* Publicada en *Mira!*, suplemento dominical del diario *El Sol*. Lima: 22 de febrero de 1998, p. 23.

¿La universidad está en crisis?

No. La universidad del '97 no es la del '96 ni la del '60. Estaría de caída si se mantuviera igual a la de 1917, porque la universidad debe cambiar. Lo grave es la crisis de la educación en el país y son pocos los que reflexionan al respecto.

*Afinada vocación**

Luis Jaime Cisneros, maestro por excelencia y destacado filólogo, cumple cincuenta años dedicados a la docencia

Teresina Muñoz-Nájar

Partió a la Argentina cuando tenía dos años. Acompañaba a su padre, el periodista y poeta Luis Fernán Cisneros, al destierro impuesto por Leguía. Vivió primero en los barrios centrales de Buenos Aires, luego en Palermo, cerca del zoológico. En ese país vio nacer a cinco de sus hermanos. Acudió al colegio y a la universidad. Finalmente y para alegría de por lo menos 10 generaciones, regresó. Cumple ahora cincuenta años dedicados a la docencia universitaria, tanto en San Marcos como en la Católica. Él dice que es un maestro. Un maestro por vocación. Pero su mundo es mucho más amplio: se desplaza entre la inteligencia y el espíritu. Nos recibe en el cálido estudio de su casa mirafloresina. Hay libros por todas partes. Fotografías de amigos, hijos y nietos. Papeles y más papeles. Un piano con el cual se distrae porque lo toca de verdad. Y muy bien.

¿Qué clase de niño era usted?

Aburrido pero curioso. Es decir que no era mataperro.

El destierro para una familia debe ser doloroso...

Pese a eso, en mi casa nunca faltaba la comida de verdad. Es decir, alimentos y libros. Además le sacamos provecho a la situación. Argentina siempre ha sido un país en el que todo lo relacionado con la educación estaba muy adelantado.

¿Por qué regresó entonces?

Porque crecí con esa convicción.

* Publicada en la revista *Caretas*. Lima: 26 de marzo de 1998, p. 50-52.

Usted lo dice siempre: "mi verdadera vocación es la de maestro", ¿cómo así se dedica a la enseñanza?

Mi primera experiencia fue a los veintidós años. Gané dos concursos: para ser director del curso de anatomía topográfica y jefe de práctica de sintaxis. Entonces entré en verdadero contacto con los estudiantes y me di cuenta de que el ejercicio de la docencia pone sobre el tapete los defectos que uno tiene, y que si éstos persisten impiden que se haga lo que se quiere hacer. Los muchachos, si le tienen confianza al maestro, se lo dicen. Eso es extraordinario y reconfortante. Un diálogo que los profanos no entienden.

¿Cómo es posible mantener la vigencia?

Manteniéndose alerta. Enseñando lo que los muchachos necesitan al llegar a mí. He aprendido a entender a los Beatles, a los Rolling Stones y todo lo que tiene que ver con el rock.

¿Lo escucha?

Voluntaria e involuntariamente. Hasta leo una revista fantástica que le llega a mi hijo de Francia: "*Los Inrockuptibles*".

No todos han tenido ni tendrán la suerte de toparse con un maestro como usted...

La suerte es mía.

Me refiero a la educación en general. En estos tiempos, "maestros" no debe haber muchos...

Como no, hay maestros con vocación. Además yo pienso que siempre hay alguien esperándolo a uno. Aquél que le va a marcar la vida. A veces con una simple palabra o con una respuesta. Es un asunto de coincidencia de sentimientos. De llamados interiores.

¿Quiénes han sido sus alumnos y ahora destacan?

Es difícil nombrar a todos. Armando Zubizarreta, José Miguel Oviedo, Enrique Carrión, José Luis Rivarola, Rocío Caravedo, Anna

¿Leía mucho de pequeño?

Mi padre nos leía pasajes de *El Quijote* en voz alta. Luego estaban los cuentos de los hermanos *Grimm* y después, cuando el colegio comenzaba a golpearlo a uno, se leían otras cosas. La lectura era para mí una enfermedad hereditaria.

¿Cuánto de su tiempo le dedica ahora?

Si no estoy leyendo, es porque no estoy.

Los que no leen ¿qué se pierden?

La autenticidad. El ser espontáneo. Gracián decía que la lectura nos hace personas. Nos robustece.

Estudió medicina, filosofía y letras y terminó siendo filólogo...

Estudí medicina y elegí la carrera porque creí que era mi vocación. Había antecedentes académicos que parecían respaldar eso. Operaba muñecas, conejos, gallinas. Claro que se morían, pero a los médicos les pasa igual. Mi afición a las letras no se debía a un esfuerzo personal. Era una tradición. Tuve buenos orientadores. Amado Alonso decidió mi camino hacia la filología y la lengua. Medicina y letras, lo uno y lo otro, curan el alma.

De haber sido médico, ¿en qué se habría especializado?

En el cerebro. Patología del lenguaje, psiquiatría o neurocirugía. Y de alguna manera estoy en eso. La lingüística está relacionada con la psicología del lenguaje, el estilo, la intervención de la imaginación, el deterioro de la fantasía. Razón por la que me interesaron movimientos como el modernismo, futurismo y surrealismo. También me inquieta la esquizofrenia.

¿Para qué le ha servido la medicina?

Para educar la paciencia, escuchar a las gentes y no abrir juicios apresurados.

María Escobar, Ricardo González Vigil, Abelardo Oquendo. Aparte he tenido alumnos que se han dedicado a la creación -no porque me tuvieran a mí como profesor, por cierto- Javier Heraud, Lucho Hernández, Washington Delgado, Pablo Guevara, Antonio Cisneros.

¿Vargas Llosa?

Fue mi alumno en un curso en San Marcos.

¿Qué le suscita ese sentimiento de desagrado que muchos peruanos sienten por él?

Su imagen se ha deteriorado por cuestiones políticas, que son efímeras y accidentales. No tienen nada que ver con la esencia de la gente.

Usted estuvo entre los fundadores de la Democracia Cristiana, luego se alejó, ¿se decepcionó de la política?

Totalmente. La política que el cuadro general del país ofrecía no coincidía con la idea que yo tenía de ella: algo así como una democracia liberal socialista. Pero le diré que la docencia es una manera de participar en la política. Lo relativo a la educación es política. Coincido con los griegos. La política es en primer, segundo y tercer lugar, educación.

¿Cómo es que un demócrata dirigió *La Prensa* durante el golpe militar?

Acepté dirigirla por razones amistosas y familiares. Y durante el tiempo que lo hice tuve completa libertad. Era amigo de Pancho Morales Bermúdez y mi hermano, el Gaucho, era ministro del Interior. Sabía que la intención del gobierno era la de devolver los diarios a sus dueños. Cuando me percaté de que eso no se iba a dar, me mandé mudar.

¿Discutía con el Gaucho sobre política?

Nunca discutíamos.

No me lo imagino de mal humor...

Soy enérgico cuando debo serlo. No vacilo. Pero trato de ser tolerante. De no ser vehemente. Me fastidia la vehemencia, la adulación y la mentira. La vida se encarga de convencerlo a uno de que el adulón es mentiroso. También me fastidia que pueda parecer vanidoso, este calor sofocante y mi ronquera.

Debe tener aficiones que no están precisamente vinculadas a su profesión...

Toco el piano, hago las palabras cruzadas de cuanto periódico y revista cae en mis manos, juego ajedrez y camino. Antes montaba a caballo y jugaba paleta. Ah... y tocaba violín.

¿Cómo se entiende con las computadoras?

Bien, pero no salgo de *windows*.

¿Extraña algo?

Puedo extrañar presencias de personas que no están. Pero en realidad extraño el futuro, lo que no ha llegado, lo bueno, lo malo y lo definitivo.

Luis Jaime Cisneros*
Las cinco décadas de un maestro

Juan Velit y Alonso Cueto

Poco después de su vuelta de la Argentina, donde su padre había estado exiliado, el joven Luis Jaime Cisneros se convirtió en profesor de San Marcos y la Católica. Era 1948, cuando se iniciaba una de las épocas oscuras de nuestra historia cívica. En Buenos Aires y La Plata había sido discípulo de Amado Alonso y de Pedro Henríquez Ureña. Los cursos de Lengua, de Góngora y de Psicología del Lenguaje se convirtieron, gracias a él, en los más memorables para sus alumnos. Pero la lingüística también fue un vehículo a través del cual sus discípulos hemos conocido lo mejor que un maestro puede dar: la curiosidad y la paciencia de querer abarcar el máximo de conocimientos, la exigencia y el rigor de comprobarlos, sabiduría de reconocer las limitaciones, la generosidad de saber compartir las ideas propias y de escuchar las ajenas. El humor siempre fue un ingrediente esencial en su comunicación, con frecuencia al servicio de la ironía. (Todos recuerdan los ejemplos de la pizarra en tiempos de Velasco: "Las mariposas tienen distintos colores pero los gorilas tienen color uniforme".)

Aun cuando ha enseñado en diferentes universidades, es indudable que se ha identificado sobre todo con la Católica. Es de los profesores que con frecuencia conversa, presta libros, comenta con gracia la vida política, se reúne con sus alumnos en el patio, en los corredores o en la oficina. Profesor dentro del aula y maestro fuera de ella, Luis Jaime Cisneros es un compañero de ruta en cualquier lugar, un denominador común en el afecto y el respeto de muchas generaciones de egresados, a lo largo de cincuenta años.

* Publicada en el *Dominical*, suplemento del diario *El Comercio*. Lima: 30 de agosto de 1998, p. 14-15.

Siendo el lenguaje un vehículo social y a la vez una posesión individual, en sus ensayos Cisneros ha abarcado los movimientos colectivos y las pulsiones personales: ha escrito sobre fenómenos culturales o cambios sociales y también sobre el ejemplo más privado del idioma, la poesía. En esta entrevista habla de la enseñanza, de política, de la evolución de la lengua, de la religión. Una conversación escrita, una presencia cercana.
(Alonso Cueto)

¿Qué recuerda de 1948, cuando empezó a enseñar en las universidades de San Marcos y Católica?

Ingreso en la Católica en julio. Venía ejerciendo entonces la cátedra en San Marcos, a donde dictaba el curso de *Literatura Castellana*, que hasta entonces había regentado Aurelio Miró Quesada, a la sazón decano de la Facultad. En la Católica me hago cargo del curso entonces denominado *Castellano Avanzado*, nombre que logramos cambiar al año siguiente.

¿Era muy estricto como profesor en esa época?

Por cierto que sí. Pero tal vez ese calificativo requiere (en la perspectiva temporal) alguna precisión. Hay dos tipos de rigor en la cátedra: el que el profesor se impone a sí mismo y lo trasluce en actos, trabajos, intervenciones (que es una estrictez interna, del ánimo), y el que puede imponer a los estudiantes. A pesar de que reconozco que el primero es el que yo heredé de mis maestros, convengo en que los años iniciales de la docencia nos hacen incurrir en situaciones no siempre adecuadas. El tiempo se encarga de corregir todo eso. Un profesor sabe que la disciplina no es asunto de rigidez en la conducta sino de consejo y corrección oportunos y amistosos.

¿Hay mucha diferencia entre el alumno de antes y el de ahora?

Los chicos venían tanto de colegios particulares como de colegios nacionales, pero la secundaria era muy distinta. Recuerdo que en las décadas del 50 y el 60 los alumnos leían a Sartre, por ejemplo, o hablaban de Ortega. Eso no significa que habían estudiado esos autores en el colegio, pero sí que sus profesores les habían hablado de ellos fuera de clase. Los profesores no daban clase de 9 a 11 y

se iban porque debían hacer otra cosa. En los años 60 los estudiantes leían a Hesse. Habían leído "*Demian*" y a Thomas Mann y a Unamuno. Muchos chicos de hoy no saben si Unamuno existe o existió o si es mediocampista en el Juventus o en el Real Madrid. A Maradona si lo conocen todos, en cambio.

Por entonces los chicos daban exámenes escritos y orales. En el examen oral uno confirmaba o descubría lo que sabía y cómo lo expresaba. Ahora el único lenguaje que ha quedado es el oral y es ejercitado sólo en la calle. Antes, la mayoría de los chicos sabía escribir, se expresaba con soltura en lengua escrita. Con frecuencia los alumnos tenían opinión. Hoy día muchos alumnos tienen urgencias por acabar y no la necesaria paciencia de aprender y de saber. Hay una prisa en su actitud académica que lleva a todo lo contrario de una verdadera educación.

Palabras y cambios

La función de una Academia de la Lengua, como ha dicho, no es normar sino registrar el uso del lenguaje. Sin embargo, las palabras con frecuencia cambian este uso a lo largo del tiempo.

Las palabras cambian porque la lengua evoluciona, y ese es un síntoma de que los hablantes existen y realizan su vida sirviéndose del lenguaje. Solamente las lenguas muertas no tienen hoy vigencia en boca de las gentes. Nacen y desaparecen (a veces, para reaparecer más tarde) las palabras, casi siempre en relación con hechos históricos de variada naturaleza. Un caso que recuerdo con frecuencia en las clases es el de la palabra "mariscal", voz de origen germánico que en plena Edad Media significaba (y puede leerse en Nebrija) "el hombre que limpia de bosta el establo". Durante la Guerra de los Treinta Años, como consecuencia de que había que cuidar que los caballos no perdieran las herraduras en el camino hacia los frentes de batalla, fue menester que este bostero trocara su función por la de "herrador" y se llegara al frente de sus animales a las propias trincheras. Los soldados comprendieron que al frente de estos valiosos auxiliares venía un alto jefe. Pero todavía en algunos países europeos oímos hablar de "mariscal zapatero".

¿Y en el Perú hay ejemplos de cambios de palabras?

Aparte de los cambios que se producen en la extensa área de habla hispánica, en lo que nos concierne, hay ciertamente las palabras que en cada uno de nuestros países tienen significados distintos o a veces contrarios. Lo que para nosotros constituye un "cesto" (que tiene dimensiones singulares) constituye una cesta apenas cruzamos las fronteras. Estos cambios no solamente pueden alcanzar a los significados; a veces, como es sabido, alcanzan a los más firmes rasgos gramaticales, y así hay palabras que fueron masculinas y hoy son femeninas, o las que han cambiado el género femenino por el masculino, sin connotación sexual alguna, puesto que el género gramatical no tiene por qué referirse necesariamente al sexo.

Política

Tuvo alguna experiencia política con el ingreso a la Democracia Cristiana. ¿Cuál ha sido su percepción de la política desde entonces?

Yo no hablaría de mi ingreso en la política, sino de mi participación activa en ella. Debo recalcar que, formado en el extranjero, había recibido una seria formación cívica que me llevaba a vivir interesado por los grandes asuntos políticos del continente. De donde era natural que me interesase la situación peruana, por aquellos años sometida al gobierno militar del general Odría. Mi contacto inicial (por gracia de afinidades específicas) fue con la Democracia Cristiana, en cuya organización colaboré con universitarios jóvenes. Mi pasaje fue corto y provechoso. Junto con Carlos Fernández Sessarego, mi colega sanmarquino, rechazamos el que nos hubieran elegido para aspirar a una representación en el Parlamento: adujimos que nos interesaba solamente la universidad y que nuestra dedicación a ella era una forma de expresión política. No fue fácil que se entendiera ese argumento, pero es que no era tampoco frecuente que la historia de los griegos estuviera asegurada en la mente de todos. Los colegios no ofrecen entre nosotros educación cívica, y a los políticos les parece suficiente interesarse

por el poder. Cuando pienso en política, lo que me interesa es el gobierno.

¿Cuál ha sido su percepción de Fujimori en estos años?

Le he estrechado la mano en dos ocasiones, cuando era rector de la Universidad Agraria y cuando presidía el Consejo de Rectores. El presidente Fujimori es un matemático (además de un agrónomo) que aplica las enseñanzas de esas disciplinas a su vida y conoce el valor sutil de la paciencia. Muchos políticos se rigen por la audacia y el riesgo calculado. Él, creo, se rige por el cálculo de probabilidades. Es un político con un estilo muy distinto a los que componen la tradición de gobernantes. Dentro de ese esquema, es natural que suscite opiniones varias que oscilan, como las mareas. A mucha gente le desconcierta la dificultad para empatizar con el gobernante. Quienes conozcan la vida universitaria nuestra, y sobre todo lo que significa haber enseñado en la Agraria y haberla regido como rector, no pueden llamarse a sorpresa. Ese microcosmos es realmente aleccionador.

¿Quiénes fueron los mejores maestros de Literatura o de otras materias que tuvo en el colegio y en la universidad? ¿Qué grandes maestros conoció?

De mi vida escolar quiero salvar a un extraordinario profesor de Filosofía que tuve en un liceo francés. Monsieur Chappuis tendría sus 36 años, pelo ensortijado, risa pronta en los labios. Nos enseñó a leer a Descartes. No nos recomendó aprendernos el argumento del libro: nos enseñó a leer, a conversar entre nosotros sobre las ideas del autor. Cada vez que abro un libro tengo presentes sus ojos luminosos, su voz hecha para multitudes. La vida universitaria fue para mí muy rica; en otra ocasión me he referido a ella con algún pormenor. No puedo acumular nombres; pero de quienes aprendí actitudes, normas de conducta intelectual, modelos de entrega al estudio y a la docencia, fue ciertamente de Tiburcio Padilla, profesor de Semiología Clínica en la Facultad de Medicina, y de Amado Alonso y Raimundo Lida, que enseñaban Lingüística y Estilística en la Facultad de Letras de Buenos Aires.

¿Cómo es su vivencia de la religión? ¿Ha pasado por períodos largos o cortos de dudas y cuestionamiento de la religión?

La fe es un elemento esencial para la salud espiritual del hombre. Yo soy un hombre en quien la fe está ligada a una concepción humanista; y de alguna manera la entiendo como el necesario e imprescindible soporte de mi quehacer intelectual.

¿Cuáles son los libros que mejor lo han ayudado a comprender el Perú?

Los de Francisco García Calderón y los de Jorge Basadre, en cuanto al país como tradición y destino. Los que Riva-Agüero y Aurelio Miró Quesada dedicaron al paisaje peruano.

¿En qué época le hubiera gustado vivir además de la actual? ¿A qué personaje le hubiera gustado conocer?

Me hubiera gustado conocer a Erasmo, a Pasteur y a Valéry. Estoy contento con haber nacido en esta época.

Índice

Presentación, por José Luis Rivarola, Profesor principal del Departamento Académico de Humanidades	5
La UC en su cincuentenario Carta escrita desde Strasbourg, dirigida al R.P. Felipe Mac Gregor, Rector de la U.C. el 4 de mayo de 1967.	7
Ideas sobre la Facultad de Letras Transmitidas al padre Felipe Mac Gregor S.J., rector de la Pontificia Universidad Católica del Perú, desde Estrasburgo el 19 de setiembre de 1967.	14
¿Vale la pena ser universitario? Guión de la conferencia ofrecida en la Facultad de Letras el miércoles 27 de marzo de 1968.	17
A los profesores de Letras y Ciencias Humanas Lima, 23 de noviembre de 1969.	20
El plan de estudios universitario Palabras leídas en su calidad de Director de los Estudios Generales Letras el 29 de marzo de 1971.	22
Palabras de gratitud Leídas durante el homenaje que se le tributó en el Instituto Riva-Agüero el 26 de junio de 1981 con ocasión de haber cumplido sesenta años de edad. El acto académico fue pre- sido por el ingeniero Hugo Saravia Swett, rector a.i., y contó con la participación de los profesores Dr. Salomón Lerner Febres, jefe del Departamento de Humanidades, y Dr. José Luis Rivarola. Estas palabras de gratitud se publi- caron en la <i>Revista de la Universidad Católica</i> . Lima: 1981, nueva serie, n° 9-10, p.18 - 21.	29

75 años de la Universidad Católica: un aniversario (casi) nacional

Publicado en la revista *Oiga*.

Lima: 23 de marzo de 1992, p. 56-58 33

La UC octogenaria

Publicado en la columna "A la caza de todo"

del diario *Expreso* (Lima: 20 de abril de 1997) 37

Gratitud y perdón

Publicado en la columna "A la caza de todo"

del diario *Expreso* (Lima: 13 de setiembre de 1998.) 38

Qué significa la universidad

Publicado en la columna "A la caza de todo"

del diario *Expreso* (Lima: 20 de junio de 1999). 39

ENTREVISTAS 41

Educación en crisis

Publicada en *Mira!*, suplemento dominical del diario

El Sol. Lima: 22 de febrero de 1998, p. 23. 43

Afinada vocación

Luis Jaime Cisneros, maestro por excelencia y destacado filólogo, cumple cincuenta años dedicados a la docencia,

por *Teresina Muñoz-Nájar*

Publicada en la revista *Caretas*.

Lima: 26 de marzo de 1998, p. 50-52. 45

Luis Jaime Cisneros Las cinco décadas de un maestro,

por *Juan Velit y Alonso Cueto*

Publicada en el *Dominical*, suplemento del diario

El Comercio. Lima: 30 de agosto de 1998, p. 14-15. 50

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

Archivo de la Universidad

César Gutiérrez Muñoz
Archivero de la Universidad

Beatriz Montoya Valenzuela
Sheyla Prado Guevara
Vanessa Veintemilla Minaya
Archiveras

María Dextre Vitaliano
Administradora

Arturo Fernández Farro
Christian Prada Flores
Diego del Río Figueroa
Jorge Luis Valdez Morgan
Alumnos colaboradores

Javier Mendoza Suyo
Conservador

Elizabeth García Vásquez
Diagramadora

Ejemplar N° 044

El número 25 de los *Cuadernos del Archivo de la Universidad* se terminó de imprimir el 28 de mayo del 2001, octogésimo aniversario del nacimiento de Luis Jaime Cisneros Vizquerra en Lima, en la imprenta PUCP. La edición consta de trescientos ejemplares numerados.